

Las providencias dictadas por Cortés revelaban el don de gobierno que le elevaba sobre la esfera de los gobernantes vulgares. Aunque siempre habia dado muestras de su clara inteligencia, nunca resplandeció mas brillante que desde aquellos momentos en que asumia sobre sí toda la responsabilidad de la empresa que acometia. Hay naturalezas enérgicas que necesitan que se les ponga en accion para que desarrollen todos los recursos y facultades que entrañan, como extiende sus robustas y frondosas ramas en la ancha campiña el altivo roble que poco antes crecia comprimido en los estrechos límites de un patio.

Aquí es donde Hernan Cortés empezó á revestirse con el carácter de general en jefe sin dejar de conservar el de amigo. Aquí empezó, de hecho, á ejercer el mando, para el cual, segun Bernal Diaz, «nuestro Señor le habia dado gracia especial para hacerlo todo bien,» y «para pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes».

Pasa revista Cortés á la gente que llevaba. A los tres dias de haber desembarcado en Cozumel, pasó Cortés revista á la gente que llevaba, y halló que tenia quinientos ocho soldados, incluso trece arcabuceros y treinta y dos ballesteros; ciento nueve marineros, doscientos indios de Cuba y algunas indias para hacer los ranchos. La artillería consistia en diez piezas pequeñas, entre ellas cuatro falconetes, cuyas balas solo pesaban dos libras y media. La caballería, de diez y seis jinetes, montados en yeguas y caballos, cuya adquisicion habia sido difícil y costosa, pues el costo de cada caballo era generalmente de quinientos duros (1).

(1) El Sr. Prescott, en su *Historia de la Conquista*, y D. Lucas Alaman en sus *Disertaciones*, dicen que Cortés pasó esta revista en Guaniguanico; pero

Estas eran las débiles fuerzas con que Cortés acometió la gigantesca empresa de derribar el imperio mas poderoso que existia en el Nuevo Mundo; «conquista, dice el historiador Prescott, que su mismo intrépido corazon habria temido intentar con tales medios si hubiera podido prever la mitad de sus verdaderas dificultades». Cualquiera otro general hubiera, con efecto, sucumbido en los primeros pasos de la jornada; pero Hernan Cortés era un guerrero de alta talla; de genio extraordinario; y si las fuerzas que llevaba eran cortas, á todo suplia su capacidad extraordinaria, su política, y los recursos de su ingenio en los casos mas comprometidos y difíciles.

Cuidadoso del buen estado del armamento, volvió Cortés á mandar á los artilleros Mesa, Usagre y Armenga, que limpiasen los cañones, y nombró capitan de la artillería á D. Francisco de Orozco, que habia hecho la campaña de Italia.

Cortés envia mensajeros para salvar á unos cautivos españoles. Vivamente interesado en saber la suerte que habian corrido los españoles que, segun las noticias adquiridas por Francisco Hernandez de Córdoba, se hallaban cautivos en poder de los indios de Yucatan, llamó á Bernal Diaz del Castillo y á un vizcaino llamado Martin Ramos, que habian servido en las dos expediciones anteriores. Presentados ambos, les preguntó si, con efecto, los indios en sus ante-

en mi concepto sufren una equivocacion. La revista no pudo verificarse allí, puesto que faltaban los marineros, pilotos y soldados que iban en el barco de Pedro Alvarado. Bernal Diaz, que se halló presente á ella, dice que «á los tres dias de hallarse en Cozumel, mandó Cortés hacer alarde, para ver que tantos soldados llevaba».

riores viajes habian pronunciado, aunque mal, el nombre de Castilla, dando á entender que habia algunos castellanos cautivos. La contestacion fué afirmativa. Cortés, entonces, así por cumplir con una de las principales instrucciones de Velazquez, como por un sentimiento de humanidad y de nacionalismo, dispuso informarse de si aun vivian, interrogando á los caciques y á los principales indios de Cozumel.

La buena armonía que reinaba entre los naturales y los españoles hacia esperar que seria fácil adquirir alguna noticia clara del sitio en que se hallaban. Con efecto, habiendo ido varios caciques acompañados de sus nobles á visitar á Hernan Cortés, les preguntó éste, por medio del indio Melchorejo, único intérprete que conocia la lengua de Yucatan y sabia ya la española, si era cierto que habia algunos blancos cautivos en el país. Todos respondieron afirmativamente; pero uno de ellos dió noticias mas circunstanciadas y recientes. Aseguró, que á dos dias de distancia, en el interior del país, habia algunos españoles cautivos, que eran esclavos de caciques; que hacia pocos dias que los habian visto unos mercaderes indios que se encontraban en aquellos momentos en Cozumel; y que la manera de adquirir su libertad, seria enviar á sus amos algunos regalos europeos. La noticia llenó de regocijo á Cortés y á todos los que le acompañaban, y suplicó al cacique, con mucho encarecimiento, que hiciese llegar, por medio de los mercaderes referidos, una carta á poder de ellos, llevando á la vez los vistosos dijes por él indicados, para alcanzar su rescate. El cacique se manifestó dispuesto á servir; llamó á los mercaderes, á quienes Cortés re-

galó varios objetos de alta estima para ellos, y ofreciéndoles nuevos regalos á la vuelta, les entregó una carta en que hacia saber á los cautivos españoles, que sus compatriotas les esperaban en Cozumel.

Como el pueblo en que se hallaban los castellanos que se trataba de salvar estaba á distancia de cuatro leguas de la punta de Catoche, Cortés dispuso que Diego de Ordaz condujese á los mensajeros, en un buque, hasta el sitio de la costa mas próximo, y que esperase ocho dias en la referida punta de Catoche. Ordaz salió llevando veinte escopeteros y ballesteros, y despues de algunas horas de navegacion, llegó al punto preciso, donde saltaron á tierra los comisionados indios.

Entre tanto el comercio y la buena amistad entre los habitantes de Cozumel y la gente de Cortés crecia visiblemente. Todos los vecinos de los pueblos comarcanos y aun los de las poblaciones bastante distantes, entraban con entera franqueza en la ciudad. El número de indios forasteros llegó á ser considerable á los pocos dias en Cozumel. La causa de la afluencia de gente era debida á las fiestas que, por aquella época, se celebraban en un templo en honor de uno de los dioses mas reverenciados en su religion. Los pueblos todos iban en romería á visitar el ídolo privilegiado, á quien tenian por dispensador de todos los bienes.

Cortés, con varios de sus capitanes y soldados, se acercó, en una de las fiestas que celebraban, á ver sus ceremonias. Un sacerdote, suelto el largo cabello, y subido sobre un adoratorio, dirigia la palabra al auditorio, que le escuchaba con atencion profunda. La gesticulacion y el calor

con que hablaba, llamaron la atención de Cortés. Deseoso de saber el asunto del discurso que pronunciaba, le preguntó al intérprete Melchorejo lo que decía; y al saber que su prédica contenía máximas inconvenientes, se propuso separarles de sus falsas creencias. El ardiente deseo de Cortés era atraer al catolicismo á los habitantes de los pueblos donde pusiera la planta, haciéndoles abandonar la grosera religión idolátrica por la culta y dulce del Crucificado. Juzgaba aquel como un deber imprescindible del buen cristiano, y por cumplir con lo que juzgaba una obligación sagrada, estaba dispuesto á todo, aun á sacrificar su vida. Sabía que el deseo de sus reyes era la conversión de los países que gemían en la idolatría; y blasonando de leal vasallo como blasonaba de ferviente católico, formó la resolución de obsequiar la principal de las instrucciones de los soberanos. El caballero de aquella época se creía obligado á cumplir como soldado de la patria y de la cruz. Dios, el rey y la patria eran su divisa; y no hubiera creído llenar su deber, si olvidaba la propagación de la doctrina del Evangelio.

Nadie superó en los referidos sentimientos á Hernán Cortés. Era, por decirlo así, el espejo en que se reflejaba el carácter del caballero del siglo en que vivió. Este ardiente celo por la propagación de la fé, manifestado por los guerreros cristianos, ha sido causa de que algunos escritores hayan exigido en ellos una vida llena de perfección y una moral intachable. Han pretendido, en una palabra, que poseyesen todas las virtudes de un apóstol y ninguno de los defectos del soldado, sin tener en cuenta que eran lo segundo, aun cuando tratasen de extender las

doctrinas del cristianismo. Bueno, sin duda, hubiera sido que nunca hubiesen faltado á ninguno de los preceptos de la religión que recomendaban; pero el hombre puede ser muy buen creyente, aunque alguna vez deje de ser fiel observante. Conocer su error, y caer en él por debilidad. Debemos desear, pero no exigir, perfección en otros, cuando nadie puede blasonar de ser perfecto.

Cortés derriba los ídolos de un templo de Cozumel. Lleno Cortés del celo religioso, que verdaderamente sentía en su corazón, llamó á los caciques y al mismo sacerdote que había predicado, y por medio de Melchorejo les dijo que, si en algo apreciaban su amistad y querían que los lazos de fraternidad que les unían continuasen inquebrantables, dejaran las falsas divinidades que adoraban y quitasen de los altares los monstruosos ídolos. Manifestó el sacerdote idólatra que lo que se exigía era imposible, porque sus dioses eran poderosos y castigarían terriblemente á los que cometiesen el más leve desacato contra ellos. «Nosotros—agregó—jamás nos atreveremos á quitarles de sus altares: hacedlo, si osáis, vosotros, y vereis que en el mismo instante os envían un horrible castigo.» Cortés, aprovechándose de aquella licencia con la que el sacerdote creyó aterrorizarle, hizo una señal á sus soldados para que acometiesen con los ídolos, y lanzándose sobre ellos, los arrojaron de los altares, haciéndolos pedazos. Los indios quedaron atónitos, esperando la venganza de los dioses anunciada por el sacerdote; pero al ver que no se realizaba, creyeron que sus deidades eran muy inferiores en poder al Dios que adoraban los españoles. Libre el *teocalli* de las

horribles figuras derribadas, mandó Cortés limpiar el templo; y valiéndose de los indios albañiles que en la población había, construyó un sencillo altar donde fué colocada la imágen de Nuestra Señora. Siendo el signo de la redención la insignia de los cristianos y el símbolo de su religión, hizo que se colocase, al lado del altar, una gran cruz que mandó hacerla á dos entendidos carpinteros que iban en la expedición. Al siguiente día se celebró el augusto sacrificio de la misa con profundo respeto y veneración. El cacique, el sumo sacerdote idólatra y la población entera, acudieron á ver la celebración de la ceremonia, guardando un respeto profundo.

Pocos días después de este cambio operado en el templo, llegó Diego de Ordaz con su barco, pero sin los cautivos españoles, por los cuales había salido, y sin tener noticia de los indios mensajeros que con él habían partido. Notable fué el sentimiento de Cortés al verle llegar sin sus desgraciados compatriotas. Sabía que estaban cautivos y le dolía dejarles entregados á la esclavitud cuando tal vez estaban muy cerca de ellos; pero por sensible que le fuese, no podía permanecer por más tiempo en Cozumel, y dispuso la partida. Cortés se despidió del cacique, haciéndole muchos regalos, y encargándole que venerasen la imágen de la Virgen, como noble intercesora entre Dios y el hombre, y que cuidasen atentamente de la cruz, teniéndolo todo en el mayor aseo. Prometió el cacique hacerlo con gusto, manifestándose inclinado á la nueva religión, y la flota se alejó de las hospitalarias playas de Cozumel á mediados de Marzo, dejando gratos recuerdos entre sus inteligentes habitantes.

Sale Cortés de Cozumel y se ve precisado á arribar al mismo punto. Soplaban un viento bonancible, y los veleros buques se deslizaban rápidamente en la misma dirección que había llevado Grijalva en el año anterior. Los marineros, los soldados y la oficialidad marchaban contentos, admirando los buenos edificios que se descubrían á lo largo de la costa, los cultivados campos y los trajes de su apuesta gente.

Los indios cuidaron de la Virgen y de la cruz. Eran las diez de la mañana. La escuadra llevaba algunas horas de haber salido de Cozumel. La gente iba gratamente entretenida, admirando el paisaje que presentaba la tierra que llevaban siempre á la vista. De repente se escuchó un cañonazo. Cortés, al escucharlo, mandó hacer alto la flota para informarse de lo que pasaba. El cañonazo había sido disparado por el buque en que iba de capitán Juan de Escalante. Desde que salió del puerto caminaba con menos velocidad que los otros bajeles, quedando, á poco, muy á retaguardia de todos. La causa de la torpeza en su marcha, se presentó bien pronto á la tripulación que en él iba. El barco hacía mucha agua, y á su bordo se encontraba una gran parte de los víveres y el pan de cazabe. Escalante, conociendo que era imposible continuar la marcha, anunció, por medio del disparo hecho, que no podía seguir y que se volvía á Cozumel. Con efecto, pocos instantes después se vió al barco que mandaba dar la popa á la escuadra y dirigirse penosamente hacia el punto de donde había salido. Cortés, cuidadoso de su gente, ordenó que la flota entera volviese á Cozumel, y haciendo las señales convenientes, se dirigió la escuadra al punto señalado, á donde llegó en breve tiempo.

El cacique y la poblacion entera manifestaron indecible regocijo de ver volver á los españoles; y al saber el motivo de haber arribado, los indios, solícitos y serviciales, ayudaron á descargar los víveres del buque maltratado.

Cortés manifestó su agradecimiento á los hospitalarios habitantes, y se dirigió al templo en que habia dejado la cruz y la imágen de Nuestra Señora. Su regocijo fué grande al entrar en él. Todo revelaba, de parte de los indios, respeto y aun veneracion á la imágen de la Virgen y al signo de la redencion. El altar se hallaba limpio como un espejo, y en él se veian preciosas flores, que los habitantes de Cozumel habian presentado á la madre del Crucificado: el humo del incienso se elevaba de un gracioso incensario que habian colocado delante de la imágen, y la cruz no tenia ni el mas leve polvo, ni el suelo en que se elevaba, la menor piedrecita.

La avería del barco, que Cortés lamentó como un terrible mal que les obligaba á permanecer en Cozumel, perdiendo un tiempo precioso, lo tuvo despues como un bien de inapreciable precio. Cuando se trabajaba con toda actividad en la compostura del buque, se dejó ver en la costa de Cozumel una canoa de grandes dimensiones que, tripulada por varios remeros indios, se dirigia hácia el sitio en que se hallaba la flota. La embarcacion india llegaba de la punta de Catoche, y al acercarse á la playa saltaron á tierra todos los que iban en ella.

Admirado Hernan Cortés de la confianza con que se habian acercado los indios, cuando siempre se manifestaban temerosos, mandó al capitan Andrés de Tapia, con

dos soldados, á que se informase de quiénes eran. Al ver los indios llegar á los tres españoles armados, trataron de entrar en la canoa para huir; pero uno de los que habian ido remando, les persuadió á permanecer quietos, diciéndoles que «nada temiesen; que los que se acercaban eran sus hermanos, sus compatriotas.»

Entre tanto Andrés de Tapia se habia acercado á ellos con sus dos compañeros, y reconociendo entre los indios á los que habian marchado con la comision de rescatar á los cautivos españoles, iba á preguntarles lo que habia pasado; pero antes de que tuviese tiempo para dirigir la pregunta, recibió una sorpresa que le impidió hacer aquélla. Uno de los que él se habia figurado indio, arrebatado de alegría, despues de pronunciar en mal castellano las palabras «Dios, Santa María y Sevilla,» dijo que él era uno de los españoles que habian gemido cautivos.

Tapia le tendió los brazos con efusion de cariño, en tanto que uno de los soldados corrió á poner en conocimiento de Cortés la feliz nueva.

La noticia llenó de regocijo así al general como á todo el ejército, y la ansiedad por ver al cautivo libertado era inmensa. Pronto llegó Tapia á la presencia de Cortés, acompañado del compatriota redimido. Iba desnudo, trasquilada la cabeza como un indio esclavo, aunque cubiertas sus pudencias con una faja; llevaba un remo sobre el hombro derecho, y en el otro una manta raída y ruin en la cual tenia atado un libro muy viejo de oraciones á la Virgen. Su cutis habia cobrado, con la fuerza del sol, el color propio de los indios, y sus modales y sus movimientos no se diferenciaban en nada de los de ellos.